

José María Jover Zamora. In Memoriam*

La condición de director de esta revista, órgano del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense me brinda el triste honor de ofrecer estas breves reflexiones en memoria del profesor don José María Jover Zamora que, durante una docena de cursos, a partir de octubre de 1974, realizó en nuestro departamento una labor extraordinaria, como maestro que era de la investigación histórica y de la docencia universitaria.

Una tarea que aún debería haberse prolongado algunos años más si las disposiciones de una ley, en la que operaron extrañas urgencias para desembarazarse de toda una generación en la que hubo grandes maestros universitarios, no hubiera precipitado su jubilación universitaria, a la vez que la del profesor Palacio Atard.

Quienes estaban entonces en el Departamento de Historia Contemporánea eran conscientes de que la precipitada –aunque no, tal vez, impremeditada– medida legal significaba un momento de inflexión en el cultivo de una disciplina –la historia contemporánea– que había alcanzado su primer momento de madurez de la mano, entre otros, de quienes entonces se retiraban del primer plano de la vida docente en plenísima madurez intelectual.

Se pensó entonces que era una ocasión ideal para organizar unas Jornadas de Historiografía, que se celebraron en la Biblioteca Nacional en los primeros días de noviembre de 1986 y fueron, a la vez, un homenaje a los dos maestros recién jubilados, Las ponencias de aquellas jornadas fueron recogidas en el número 9 de la revista *Cuadernos de Historia Contemporánea*. La profesora López-Cordón, así como los profesores Sánchez Jiménez, Menchén Barrios y de la Torre del Río glosaron entonces diversos aspectos de la vida y la obra del profesor Jover con un calor y una profundidad que suplirían con extraordinaria ventaja estas torpes reflexiones que ahora hago.

En la conferencia inicial de aquellas jornadas, el profesor Cacho Viu, que forma parte de ese otro grupo de compañeros que nos han abandonado en la plenitud de su actividad académica –permítanme aquí una apresurada pero emocionada mención de los profesores Cabeza Sánchez-Albornoz, García Nieto, Martínez Carreras y Sáenz Díez– reflexionó sobre los supuestos del contemporaneísmo en la historiografía de posguerra, con el ánimo de trazar la genealogía de la etapa de los estudios de nuestro pasado más reciente que se cerraba con aquellas jubilaciones. Fue, como ha dejado anotado el propio Cacho en su maravillosa base de datos, “un escrito repentizado e intencional” en el que señalaba la doble ascendencia de una disciplina que se asentaba sobre la historiografía contemporánea liberal, de carácter extraacadémico, y la herencia recibida de un modernismo que era ya extraordinariamente pujante en los años de la inmediata posguerra.

A los trabajos de Andrés Borrego y Antonio Pirala, que escribieron los últimos capítulos la vieja *Historia General de España* de Modesto Lafuente, que había con-

* Este texto, con ligeras modificaciones, fue leído por el autor en el acto de homenaje que la Facultad de Geografía e Historia ofreció a la memoria del Profesor Jover el día 22 de enero de 2007.

tinuado Juan Valera, había que añadir los nombres del marqués de Lema, del duque de Maura o de Gumersindo de Azcárate, que encabezó la colección de conferencias que se celebraron en el Ateneo de Madrid para evaluar *La España del siglo XIX*. A ellos vendrían a sumarse, cuando ya la Restauración canovista había completado su ciclo, el sugerente ensayo de Salvador de Madariaga sobre España, o la visión global del reinado de Alfonso XIII que ofreció Melchor Fernández Almagro.

Estos brillantes antecedentes, unidos a las energías que aportaban los historiadores más jóvenes, permitieron que, en el mundo académico se fuera “generando –son palabras de Cacho-, sin mayor estridencia externa, una visión liberal y abierta para abordar históricamente los problemas de nuestro pasado más reciente”. “Esta línea de historia contemporánea surgida gradualmente en la posguerra y que tiene como lecho la historiografía liberal anterior, es absolutamente ajena... a la situación política del país, ante la que se condujo con una gran independencia intelectual y, por tanto, con una gran integridad moral”. En ese clima de independencia e integridad –se podría añadir– habría que situar el *Cambó* de Jesús Pabón, *Los afrancesados* de Miguel Artola, los escritos de José Antonio Maravall y Luis Díez del Corral y, por supuesto, los escritos que nos ofreció José María Jover desde finales de la década de los cuarenta.

En el discurso de clausura de aquellas mismas jornadas de 1986, el profesor Seco trazó también un espléndido cuadro de la supervivencia de esa tradición liberal a través de empresas como la Biblioteca de Autores Españoles, que se hurtaron a las limitaciones que imponía la censura, o a la persistencia de relaciones intelectuales que superaron la imponente barrera del exilio, como se demostraría en la portentosa tarea de impulso de la investigación que realizara Claudio Sánchez Albornoz, desde Buenos Aires, o Pere Bosch i Gimpera, desde México. Resulta inevitable, por eso, evocar aquí los puentes que, desde Madrid, tendiera José María Jover hacia Manuel Tuñón de Lara y a los Coloquios de Pau, durante los años setenta.

La verdad es que el José María Jover que se incorporó al Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense en octubre de 1974 era ya un maestro indiscutido de los estudios de esta época histórica, como demostraba aquella deslumbrante anticipación que fue *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*, fechada en Valencia en diciembre de 1951, o los capítulos dedicados a la los siglos XIX y XX en aquella *Introducción a la historia de España*, de 1963, que fue el libro de horas de cuantos pretendíamos adentrarnos en el estudio de la historia de los tiempos más recientes, y decía tanto de la empresa de renovación historiográfica que, siguiendo la estela de Jaume Vicens, se operó en la universidad valenciana, desde mediados de los años cincuenta, con la incorporación de Antonio Ubieto y Joan Reglá, que habían acompañado a José María Jover en la tarea. La *Introducción* que ellos nos ofrecieron, a la que se añadirían después los capítulos de Carlos Seco sobre el periodo posterior a 1931 sería pieza esencial en los cimientos del edificio de la historia contemporánea española, en paralelo con el *Spain*, de Raymond Carr, aparecido en 1966.

Tuvo también Jover, al incorporarse al Departamento de Historia Contemporánea, la fortuna de no tener que ocuparse de la dirección del mismo –o no tuvo la ocasión de hacerlo– y pudo concentrar sus esfuerzos en las tareas docentes y en las del impulso de la investigación. Cuantos tuvieron el placer de acudir a sus clases, nos han hablado del esmero con que las preparaba y del cuidado en la presentación

de instrumentos de apoyo como eran las bibliografías, los mapas y unos textos literarios que cobraban una vida inusitada con sus observaciones.

También podrían decir lo mismo quienes experimentaron su generosa y exigente labor de director de tesis. En el catálogo de la Biblioteca de la Universidad Complutense hay noticia de treinta y tres tesis dirigidas por él entre 1966 y 1995 y está claro que no están todas porque falta una tan voluminosa, y tan influyente en nuestra historia política reciente como es la Javier Tusell, que provocó los habituales y divertidos comentarios de don Jesús Pabón. La relación, por tanto, sería excesivamente larga para reproducirla en este momento pero ella recoge la nómina de una parte muy destacada de historiadores que hoy se dedican a la historia contemporánea tanto en la Universidad, como en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en otros centros de investigación, o en esa enseñanza secundaria que cada vez nos parece más heroica.

Hace poco más de tres años nos llegaba el que tal vez era el último eco de la voz de José María Jover a través del texto que, con tanto amor como sentido universitario, preparó Guadalupe Gómez-Ferrer para contestar a la doble “laudatio” que dos discípulos de Jover –Ángel Bahamonde y Antonio Morales Moya– dirigieron a su maestro con motivo de la concesión del grado de *doctor honoris causa* por la Universidad Carlos III.

Entonces tuvimos la oportunidad de conocer mejor el profundo compromiso moral que “la barbarie y la brutalidad de la guerra civil” había suscitado en el profesor Jover. “Los aspectos... éticos y humanos de la guerra –había declarado él en 1996– me conmovieron profundamente, me dieron materia de reflexión para el resto de mi vida, y me empujaron, decididamente, hacia el estudio de las Humanidades y de la Historia”. Una conmoción que afianzaría el sistema de valores que presidiría toda su obra. Entre ellos “el valor de la persona y el respeto que por ello merece, piense lo que piense, y cualquiera que sea su edad, sexo, etnia o condición social. Creo –añadiría en aquella ocasión– que, desde siempre, la defensa de la libertad, unida a la tolerancia, han presidido mi vida”.

Una vida académica, ejemplar por tantos motivos, en la que José María Jover puso su sensibilidad literaria y su capacidad de integrar las metodologías de otras ciencias sociales –el derecho, la geografía, la sociología– al servicio de una visión abiertamente europeísta de nuestro pasado histórico a la vez que realizaba una profunda reflexión sobre el concepto de España. “Construir –nos decía en aquel postrer discurso nacido del cariño– una imagen de la historia de España que sirva a los españoles para enriquecer su conciencia histórica, y para promover la paz y la esperanza creadora ante el futuro, constituye un imperativo ético para los historiadores de estos comienzos del siglo XXI”.

Un consejo que tiene su más pleno sentido, y su más claro ejemplo, cuando reflexionamos sobre la figura del maestro, del compañero y del amigo que fue, para todos nosotros, José María Jover Zamora.

Octavio RUIZ-MANJÓN